

Carta no escrita a Lázaro Carreter (y II): dardos contra el dardo

Daniel Samper Pizano

Periodista. Bogotá (Colombia)

Me quedé con los crespos gramaticales hechos. Nunca llegué a escribirle a Fernando Lázaro Carreter esa carta a la que me he referido en el número anterior de *Panace@* (pág. 11; <www.medtrad.org/panacea/IndiceGeneral/n19_entremes_samper.pdf>). Se trataba de un mensaje agradecido y admirado, pero, no se equivoquen, no iba a ser una carta lambona ni lagarta, como decimos en Colombia; no se trataba de hacerle la pelota o abrumarlo con lisonjas azucaradas. Al final me proponía aplicarle una mínima dosis de su pedagógica medicina. Él nos enseñó a mirar con seis ojos y a oír con seis oídos, a descubrir en el ancho mar la sardina muerta, a tirar la manzana podrida. Seguramente le habría parecido que estaba cumplida su misión si algún discípulo sospechaba haber pillado errores en sus propios textos.

Así pues, para rematar mi carta habría servido una serie de lunares que creo haber detectado en sus dardos. Son dardos para los dardos. O, más exactamente, posibles dardos, sobre cuya ortodoxia habría preguntado a don Fernando.

Algunos de ellos serían los siguientes:

- En 1990 (*El dardo en la palabra*, 1.ª ed., pág. 534) Lázaro dice: «Desde la simple disconformidad a la pura hostilidad». Existen dos expresiones distintas que indican lo mismo: «desde... hasta» y «de... a». Igual da «desde Bilbao hasta Madrid encontré nieve» que «de Bilbao a Madrid encontré nieve». Pero, aunque muy empleada en España (¿no se usa también «el verde área»?), la mezcla parece un animal raro: cabeza de gato y cuerpo de perro.
- Aprendimos de Lázaro a dar la bienvenida al extranjerismo que inaugura un espacio en nuestra lengua y a repudiar al que pretende sacar a empujones de su silla a una vieja y estable palabra castellana. No entiendo, pues, por qué el maestro escribe «cada *match* deja tras sí un triduo» (pág. 686). Es posible completar por lo menos media docena de sinónimos españoles de *match* (*enfrentamiento, contienda, partido, juego, combate, pelea*). ¿Por qué, pues, permitirle que tome asiento y aplaste los términos que ya estaban allí instalados?
- Juraría sobre la Biblia y apostaría un tamal a que los siguientes gerundios que ha empleado don Fernando son incorrectos: «Se nos alzan [...] dejándonos el idioma como un bebedero de corral» (pág. 175); «Apta solo para rectores inaugurando cursos» (pág. 370); «Miles de cueros absorbiendo sol; parejas con paletas devolviéndose la pelota; criaturitas llorando [...]» (pág. 392); «Me llamaron de un periódico solicitando mi opinión» (pág. 460); «El aterrizaje de un avión arrastrando el morro por la pista».
- Uno de los tics más empobrecedores del idioma es el de llamar igual a quien ejecuta un oficio y al oficio ejecutado; el relaciones públicas, por ejemplo. Quien desarrolla la reventa es, en el *Diccionario* de la Real Academia Española y en la lógica de la lengua, el *revendedor*; aunque la pereza mental haya caído en la manía de llamar *reventa* al que hace la reventa (pero no *venta*, sino *vendedor*; a quien hace la venta). Sin embargo, Lázaro escribe: «Vino en mi auxilio un reventa» (pág. 684). E incurre, en vez de condenarlo, en semejante uso tan chato.

Sobre todo esto, y sobre tantas cosas más, me habría gustado escribirle a Fernando Lázaro Carreter. Pero no lo hice.

Reproducido con autorización del *Rinconete*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/>)

